

BEST SELLER del NEW YORK TIMES

«Reflexivo, conmovedor y bien escrito.» —**Yuval Noah Harari**

LA ESPIRAL

DE LA

RAZÓN

Las trampas
y los mecanismos
de las falsas
creencias

Ariel

DAN
ARIELY

Dan Ariely

La espiral de la razón

Las trampas y los mecanismos
de las falsas creencias

Traducción de Julio Hermoso

Ariel

Título original: *Misbelief. What Makes Rational People Believe Irrational Things*

© Dan Ariely, 2023
Primera edición: junio de 2025

© de la traducción, Julio Ignacio Hermoso, 2025

Esta edición está publicada por acuerdo con The Foreign Office Agencia Literaria, S.L. y Levine Greenberg Rostan Literary Agency.

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3895-8
Depósito legal: B. 7.549-2025

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

Demonizado	11
------------------	----

PRIMERA PARTE

EL EMBUDO DE LA CONVICCIÓN INFUNDADA

1. ¿Cómo es posible que esa persona se crea eso?	35
2. Así funciona el embudo.	49

SEGUNDA PARTE

LOS ELEMENTOS EMOCIONALES Y LA HISTORIA DEL ESTRÉS

3. Presión, estrés, doblarse y quebrarse	59
4. Elegir un villano para recuperar el control	97

TERCERA PARTE

LOS ELEMENTOS COGNITIVOS Y LA HISTORIA DE NUESTRO MECANISMO DISFUNCIONAL DE PROCESAMIENTO DE LA INFORMACIÓN

5. La búsqueda de la verdad que nos queremos creer ..	133
6. Nos empeñamos en convencernos de lo que ya creemos	165

CUARTA PARTE
LOS ELEMENTOS PERSONALES Y LA HISTORIA
DE NUESTRAS DIFERENCIAS INDIVIDUALES

7. Las enseñanzas de los abducidos sobre la personalidad	201
8. Un intento de clasificar el papel que ejerce la personalidad en el embudo de la convicción infundada	231

QUINTA PARTE
LOS ELEMENTOS SOCIALES Y LA HISTORIA
DEL TRIBALISMO

9. El ostracismo, la sensación de pertenencia y la atracción social de la convicción infundada . .	263
10. El acelerador social	285

SEXTA PARTE
LA CONVICCIÓN INFUNDADA, LA CONFIANZA
Y LA HISTORIA DE NUESTRO FUTURO

11. ¿Podemos permitirnos volver a confiar? ¿Y podemos permitirnos no hacerlo?	313
12. Por qué Superman me da esperanzas.	327

<i>Agradecimientos</i>	335
<i>Referencias bibliográficas</i>	339
<i>Índice onomástico y de materias</i>	347

¿Cómo es posible que esa persona se crea eso?

Sé que la mayoría de los seres humanos —no solo aquellos a los que tenemos por inteligentes, sino incluso los muy inteligentes y capacitados para comprender los problemas científicos, matemáticos o filosóficos más complejos— rara vez son capaces de discernir ni la más simple y más obvia de las verdades si con ello se ven en la obligación de reconocer la falsedad de las conclusiones a las que habrían llegado previamente, quizá con grandes dificultades; unas conclusiones de las que están orgullosos, con las que han aleccionado a los demás y sobre las cuales han erigido su vida.

LEV TOLSTÓI, *¿Qué es el arte?* (1897)

«Hablamos del tiempo», me dijo una amiga con una sonrisa triste al referirse a sus suegros. La mayor parte de los demás temas de conversación —trabajo, salud, incluso los niños— se han convertido en un terreno peligroso que, probablemente, pondrá de manifiesto la profunda división ideológica respecto de aquellas personas que antaño la recibieron con los brazos abiertos en su familia, como a una hija.

En estos tiempos, es como si todos nos hubiésemos acostumbrado a tener a alguien así en nuestra vida: amigos, familiares o compañeros de trabajo ante quienes nos contenemos al hablar. Tal vez se trate tan solo de alguien a quien conocemos de manera superficial en las redes sociales, pero también

podría ser algún amigo íntimo. Me apostaría algo a que prácticamente todo el que lea esto conoce a alguien que haya sufrido un cambio drástico en sus creencias sobre la salud, los medios, el Gobierno, la industria farmacéutica, etcétera, en el transcurso de los últimos años. Tal vez no se haya convencido de buenas a primeras de que la Tierra es plana (aunque sí haya una asombrosa cantidad de gente que así lo cree), pero podría negar perfectamente la existencia del covid o pensar que es un arma biológica. Quizá se niegue a aceptar la legitimidad de las elecciones presidenciales estadounidenses de 2020 o piense que el movimiento Antifa simuló el asalto al Capitolio. Tal vez insista en contarte la *verdadera* historia que se esconde tras el asesinato de John F. Kennedy, el cambio climático, los atentados del 11 de septiembre o la muerte de Lady Di. Es posible que alguno afirme cargado de confianza que las vacunas son el mal, mientras que otros piensan que los antivacunas son, en realidad, una civilización de reptilianos que ha ideado una ingeniosa trama para acabar con la humanidad (vale, esto último se lo inventó la gente de la campaña ScienceSaves [‘La ciencia salva’] para promocionar las vacunas, pero tú ya me entiendes).

En ocasiones, parece que la creciente avalancha de desinformación y creencias falsas no ha dejado indemne un solo entorno ni familia y —bromas de reptilianos aparte— ya no es algo que nos haga mucha gracia. Cuando oyes el término *teoría conspirativa*, probablemente lo que te viene a la cabeza no sea un gorrito de papel de aluminio ni unos hombrecillos verdes; es algo mucho más serio y personal. Veo caras compungidas cada vez que menciono este tema, personas que niegan con la cabeza y me hablan sobre un amigo suyo, su primo, sus padres, su familia política o sus hijos: la gente a la que temen invitar a sus cenas o eventos familiares, esa gente con la que ya no pueden hablar de nada. Son incapaces de asimilar que esa persona haya acabado creyéndose ciertas cosas.

Conozco ese sentimiento a la perfección. Para mí, uno de los instantes más perturbadores de mi viaje al universo paralelo fue una conversación con una mujer a la que conocía desde

que ella tenía ocho años y a la que consideraba prácticamente de la familia. No solo había aceptado esa historia de que el covid era una conspiración global para promover las malvadas vacunas y matar a la gente, sino que estaba convencida de que yo era uno de los autores de todo aquello. Ni siquiera mi relación de décadas con ella sirvió para disuadirla, y no pude decirle nada para hacerla cambiar de opinión.

Resulta desconcertante, frustrante, doloroso e incluso atemorizador cuando, de repente, percibes que las convicciones infundadas se convierten en un abismo que te separa de alguien a quien quieres, alguien que pensabas que era..., bueno, igual que tú. Y entonces te preguntas cómo habéis acabado viviendo en universos diferentes. ¿Cómo diantre es posible que esta persona de apariencia tan racional, una persona normal, comience a aceptar unas ideas tan irracionales y falsas acerca de la realidad? ¿Y por qué ahora?

Con frecuencia me pregunto si el problema de las convicciones irracionales estará yendo a peor. Desde luego, así lo parece, al menos por lo que yo veo. Es como si las teorías conspirativas se estuviesen propagando de manera exponencial alimentadas por internet, la pandemia del covid, la polarización política y, de un modo más reciente, los avances en la tecnología de la inteligencia artificial. Ya no quedan relegadas a la marginalidad social, a las torpes exageraciones de unos vídeos caseros y los chats privados. Ahora, quienes las airean llenos de confianza son los políticos electos, los personajes famosos y los presentadores del telediario de las cadenas de televisión por cable, y se extienden peligrosamente entre nosotros, en nuestra vida real, dando lugar a sucesos como el asalto al Capitolio estadounidense el 6 de enero de 2021 y otros delitos de odio provocados por la desinformación. Solo el tiempo y la investigación revelarán hasta qué punto son más comunes hoy en día o tan solo más visibles.

Lo que sí sabemos es que el problema de las convicciones infundadas es anterior a nuestro tiempo y que es probable que persista en un futuro inmediato. Por dar un poco de perspectiva histórica de la tenacidad de estas creencias, he aquí algunos

ejemplos de la Antigüedad: en el año 68 d. C., algunos ciudadanos de Roma estaban convencidos de que el famoso emperador Nerón había fingido su muerte y estaba tramando algo para recuperar el trono. En los años siguientes, Roma se vio inundada por un aluvión de impostores que afirmaban ser el emperador que había regresado. Hubo gente que creía que la reina Isabel I murió de niña y la habían sustituido en secreto por un chico (¿por qué, si no, nunca contrajo matrimonio y siempre lucía una peluca?). Hablando de sustituciones, Paul McCartney —que tiene ochenta y un años en el momento en que escribo estas líneas— tuvo graves dificultades en los años sesenta para convencer a algunos fans de que no había muerto ni lo habían intercambiado por alguien que se parecía a él. Seguramente, habrás oído hablar de la creencia de que la Tierra es plana, pero ¿sabías que hay gente que piensa que la Tierra está hueca? Y, luego, están todas esas teorías conspirativas que insisten en que ciertos sucesos históricos y actuales nunca se produjeron, desde el Holocausto hasta el asesinato de Martin Luther King, la llegada del hombre a la Luna, los atentados del 11 de septiembre o la matanza del colegio de primaria Sandy Hook. Hay, incluso, una teoría conspirativa sobre el origen del término *teoría conspirativa* (supuestamente, lo creó la CIA para desacreditar a los que cuestionaban la versión oficial sobre el asesinato de JFK).

También resulta difícil distinguir dónde termina una teoría conspirativa y dónde comienza la siguiente. Un elemento que forma parte de la naturaleza de estas teorías es que afirman que existen conexiones, redes ocultas de causa y efecto, relaciones secretas y alianzas dedicadas a objetivos oscuros y misteriosos, de manera que no es ninguna sorpresa que las propias teorías tiendan a solaparse y entrelazarse unas con otras (como ocurrió con esa creencia de que la vacuna del covid contenía un chip 5G: ¡dos teorías conspirativas por el precio de una!). La tanda de teorías que surgieron alrededor del covid se alimentaba de temas que ya existían mucho antes de que nadie hubiese oído hablar del virus y, aunque contaban con un nuevo reparto de villanos (el doctor Fauci, Bill Gates o yo mismo),

también recuperaban a otros de toda la vida (los Illuminati, las cloacas del Estado y unas élites difusas e indefinidas). Los relatos nuevos y los de siempre se reforzaban mutuamente.

Un ejemplo ilustrativo: viajé a Toronto cuando estaba trabajando en este libro. Mis vuelos, tanto a la ida como a la vuelta, hacían escala en el Aeropuerto Internacional de Denver. Esto no suponía el menor problema para mí, es un buen aeropuerto siempre que programes tu llegada para evitar las tormentas vespertinas tan habituales en verano. Disfruté del paisaje montañoso en nuestro descenso y di con un sitio decente para comer. No obstante, si se hubiera enterado alguno de mis detractores internautas, les habría parecido sospechoso, si no directamente inculpatorio, el hecho de que mis viajes me llevaran a ese lugar concreto. ¿Una coincidencia? No lo creerían así. Resulta que hay una sorprendente cantidad de personas que creen que el Aeropuerto Internacional de Denver es, en realidad, el cuartel general secreto de los Illuminati. Se cuenta que la versión moderna de esta hermandad ancestral se reúne en unos túneles subterráneos bajo las terminales. Estoy seguro de que habría sido bien sencillo unir los puntos y llegar a la conclusión de que estaba allí para celebrar reuniones secretas con mis colegas los Illuminati sobre nuestra trama para reducir la población mundial por medio de las vacunas. Y así, con esta facilidad, toda una serie de teorías conspirativas que llevan dando vueltas desde mediados del siglo xx —cuando abrió el Aeropuerto Internacional de Denver— se pueden fusionar con las convicciones infundadas más recientes sobre el covid.

Hablando de este aeropuerto en particular, las teorías no se quedan simplemente en los Illuminati. Hay quien dice que esos túneles subterráneos son la guarida de una colonia de reptilianos (¿serán los mismos de la campaña antivacunas?), ¿o eran unos extraterrestres? Otros piensan que esos túneles son en realidad un búnker para proteger a las élites mundiales cuando todo se vaya al infierno, o que hay toda una ciudad subterránea construida por el Nuevo Orden Mundial. Por si todo esto te parece un tanto descabellado, te animan a buscar

pistas ocultas en la colección de arte del aeropuerto, que cuenta con unas gárgolas feísimas y un caballo rampante bastante asombroso de color azul con los ojos de un rojo encendido, del que se dice que es una representación demoniaca del inminente apocalipsis. ¿Que no te lo crees? Entonces, ¿por qué si no murió el artista mientras tallaba el caballo? (esta parte sí que es cierta: el escultor, Luis Jiménez, falleció de forma prematura cuando se le cayó encima un fragmento del caballo y le seccionó una arteria. Sus hijos tuvieron que terminar aquel proyecto, cuyo plazo de entrega ya había vencido).

En fin, todo esto nos da a entender que nos vamos a encontrar con teorías conspirativas allá donde tengamos la fortuna de aterrizar, pero, aunque muchas de las historias personales que comparto en este libro están relacionadas con ideas erróneas sobre el covid —ya que tengo una mayor experiencia directa con ellas—, mi pretensión es más amplia: arrojar luz sobre los elementos psicológicos fundamentales de las convicciones infundadas en un sentido más genérico.

Otra de las razones de que el covid sea uno de los puntos en los que se centra este libro es que las condiciones extremas de la pandemia nos ayudan a entender el problema general de las convicciones que carecen de fundamento racional. ¿Cuándo, si no, hemos visto semejante combinación de estrés y miedo generalizados, aislamiento social y pérdida de los sistemas de apoyo, mensajes contradictorios, pérdida de confianza en las instituciones, polarización política, tiempo libre para navegar por internet, etcétera? Todo esto contribuyó a crear una situación en la que una gran cantidad de gente aceptó ciertos relatos novedosos y falsos acerca del mundo en un periodo de tiempo relativamente breve.

Estos cambios, tan drásticos y a tal escala, han sido algo bastante raro en la historia. Es más, si hay algo que tienen claro los científicos sociales es lo difícil que es modificar la opinión y las creencias de la gente. Si quieres verlo con tus propios ojos, la próxima vez que asistas a una cena aburrida, pide a quien esté contigo a la mesa que te cuente algo en lo que haya cambiado de opinión antes del covid. Me aventuro a decir que vas a oír el

cricrí de los grillos. Es muy reveladora la cantidad de gente que no tiene nada que responder a esta pregunta, o al menos que no tiene nada interesante que decir. Con sinceridad, ¿qué responderías tú a esto? Piensa también en tu entorno: ¿a cuántas personas conoces que hayan cambiado de equipo de fútbol (o de cualquier otro deporte)? ¿A cuántas personas conoces que hayan cambiado de filiación política en la edad adulta? Los estudios muestran que los cambios en el liderazgo de los partidos y en sus programas políticos tienen unos efectos sorprendentemente reducidos en la gran mayoría de la gente.

Todo esto pone de manifiesto lo inusual que es que una gran cantidad de personas haya cambiado de manera significativa sus opiniones y creencias durante los primeros años de la década de 2020. ¿Cuántas? Es difícil de decir, pero los datos que conocemos indican que, si tomamos el rango de aquellos que sí han modificado sus opiniones —desde quienes confían ahora un poco menos en la Organización Mundial de la Salud hasta quienes piensan ahora que el Gran Reinicio* va a toda máquina—, resulta un porcentaje bastante elevado. Piensa en tu propio círculo. Creo que no nos equivocaremos al decir que todo el mundo conoce a alguien que caído en las convicciones infundadas durante esos pocos años.

Fueron muchas las fuerzas que coincidieron en esa época y crearon las condiciones necesarias para que tanta gente alterase sus opiniones. ¿Y esas condiciones se dieron únicamente en ese momento de la historia? No, pero ¿fueron inusuales en su simultaneidad y en su difusión generalizada? Sí, y esta es una de las razones por las que es tan importante entender ese periodo.

Desde luego, espero que las condiciones exactas de la pandemia del covid, igual que las del emperador Nerón, no reaparezcan pronto, pero, aun así, es importante comprender las causas subyacentes y los elementos psicológicos fundamenta-

* El «Gran Reinicio» (*Great Reset*) es una iniciativa del Foro Económico Mundial que busca reestructurar la economía global hacia un modelo más sostenible e inclusivo tras la pandemia de covid-19. (*N. del T.*)

les que facilitan estos cambios tan drásticos en las opiniones. Por supuesto, el cambio también puede ser para mejor, pero lo que hemos visto en este periodo es a un montón de gente que modificaba sus opiniones de un modo que reducía su confianza en los demás, en la sociedad, en la ciencia y en las instituciones.

LA CONVICCIÓN INFUNDADA EN MAYOR DETALLE

Una definición simple de las convicciones infundadas consistiría en equipararlas con aceptar una falsedad acerca de un hecho concreto, pero esta expresión no se utiliza de ese modo en estas páginas. Más bien, vamos a pensar en ellas como si fuesen una perspectiva o una mentalidad psicológica que actúa a modo de lente distorsionada a través de la cual alguien ve el mundo, razona sobre él y lo describe a los demás. Más aún si cabe, vamos a considerar las convicciones infundadas no solo como un estado, sino como un proceso.

Tal y como analizaremos en el capítulo 2, podemos imaginarnos el proceso de las convicciones infundadas como un embudo. En los primeros pasos hacia el interior de este embudo, quizá una persona tenga alguna duda persistente sobre ciertas verdades aceptadas o fuentes de información establecidas en el campo de la ciencia, la salud, la política, los medios, etcétera. En el otro extremo del embudo, esa persona descarta todas las fuentes convencionales de información y abraza verdades alternativas o teorías conspirativas sin pensárselo un solo instante. Por supuesto, hay muchos pasos por el camino.

Cuando hablamos de convicciones infundadas, no estamos hablando únicamente de *ellos*, de esos que se creen todo tipo de cosas raras. En alguna medida, todos poseemos las características de los convencidos sin fundamento. Somos muchos los que no nos creemos todo lo que proclaman las compañías farmacéuticas y buscamos una asistencia sanitaria fuera del marco de la medicina tradicional. Somos muchos los que nos hacemos preguntas sobre el modo en que los Go-

biernos y los funcionarios públicos de sanidad afrontaron la pandemia de covid y estamos en desacuerdo con algunas de sus decisiones. La mayoría de nosotros sabemos que los medios de comunicación tienen sesgos e intereses de los que no nos hablan, aunque no sean necesariamente perversos. Sin embargo, por norma general, recibimos la información procedente del Gobierno, de una institución científica o de los medios de comunicación con la idea de que es muy posible que sea cierta. Eso no significa que no la comprobemos o la confirmemos. El escepticismo es sano, y es inteligente hacerse preguntas e incluso investigar por nuestra cuenta o verificar los datos, especialmente en una época en que la desinformación campa a sus anchas.

No obstante, conforme va avanzando por el embudo de la convicción infundada, la gente llega a un punto donde el escepticismo sano se convierte en una desconfianza instintiva de todo lo convencional y la mentalidad abierta más genuina va derivando en una duda disfuncional. Hay un punto de inflexión donde la gente ya no está cuestionando el relato establecido, sino aceptando un conjunto de creencias que se han ido encontrando por el camino. En esta etapa, cuando reciben la información procedente del Gobierno, de una institución científica o de los medios de comunicación, automáticamente, la observan a través de una lente de sospecha y desconfianza, buscando cualquier aspecto falso y engañoso. Quienes se encuentren ya firmemente asentados en la convicción infundada tendrán desde un principio la seguridad de que todo forma parte de un plan diabólico: una trama retorcida y vil por parte de las malvadas élites. En este sentido, la convicción infundada consiste tanto en la cantidad de creencias falsas como en una mentalidad de desconfianza y suspicacia en general.

Una analogía útil sería pensar en estas convicciones como si fuesen una enfermedad autoinmune. El sistema inmunitario está alerta ante infecciones o virus que supongan una amenaza para el cuerpo y actúa para protegernos de las enfermedades, pero hay ocasiones en que la respuesta es excesiva o está mal orientada y comienza a atacar ese mismo cuerpo que está pro-

gramada para defender. Cuando una afección autoinmune se vuelve crónica, puede afectar a múltiples sistemas y perjudicar en gran medida nuestra capacidad para desenvolvernó con normalidad en la vida. La convicción infundada crónica es similar: nuestros instintos sanos hacia el escepticismo y el pensamiento crítico trabajan en exceso y se vuelven en nuestra contra de un modo autodestructivo y debilitante.

LAS CONVICCIONES INFUNDADAS NO SON UN PROBLEMA DE LA DERECHA O DE LA IZQUIERDA

Es fácil señalar con el dedo y culpar del problema de la desinformación a quienes difieren de nuestras posturas políticas, mientras que, de manera simultánea, en quienes comparten nuestra ideología política vemos a unas personas que respetan los hechos de forma escrupulosa. No obstante, esto dista mucho de ser preciso. El problema de las convicciones infundadas no es patrimonio de la derecha ni de la izquierda: es humano.

Hay estudios que han mostrado que tanto los progresistas como los conservadores consumen desinformación y la difunden, aunque no siempre por igual, y que los sectores más extremistas de ambos partidos políticos son bastante susceptibles. Resulta interesante el hecho de que, si se siguen lo suficiente las teorías más extremas de los convencidos, a veces, estos terminan completando el círculo; es decir, dan la vuelta, se encuentran

(Pie figura 1). Cuando una convicción obtiene una nota positiva (a la derecha del gráfico), son los conservadores quienes la sostienen con más fuerza. Si una convicción tiene una nota negativa (a la izquierda del gráfico), son los liberales quienes la sostienen con más fuerza. Solemos pensar que solo son los del otro lado del centro político, no los nuestros, quienes es más probable que se convenzan de algo sin fundamento, pero, tal y como muestra este gráfico, parece que las convicciones infundadas se distribuyen de igual modo a lo largo y ancho del espectro político. Basado en el trabajo de Adam Enders y otros.

FIGURA 1. Una lista de convicciones infundadas y su correlación con la filiación política en Estados Unidos



en el centro y crean unas extrañas alianzas, como el movimiento antivacunas actual o incluso QAnon: unos *hippies* ultraprogresistas que rechazan la medicina moderna que terminan en sintonía con unos ultraconservadores que desconfían de un Estado demasiado poderoso. Aunque el contenido de las convicciones infundadas concretas varía en función de las inclinaciones políticas (tal y como muestra la figura 1), el fenómeno de las falsas creencias es un dilema humano, no un rasgo progresista o conservador.

TODO TIPO DE CONVENCIDOS

Hemos de reconocer que hay una amplia gama de actores en el campo de la desinformación, desde los malintencionados hasta los más ingenuos. En el lado de los malintencionados en extremo, tenemos a unas potencias extranjeras que utilizan la desinformación como arma estratégica contra sus oponentes. En 2016, por ejemplo, la maquinaria propagandística rusa tomó la noticia de una chica rusogermana que estuvo desaparecida durante veinticuatro horas y afirmó que la habían violado unos inmigrantes árabes, y utilizó la historia para acusar al Gobierno alemán de estar silenciando el caso y ocultando las pruebas de que la crisis de los refugiados estaba fuera de control. Más adelante, la chica confesó que se lo había inventado, pero la información falsa ya se había utilizado para promover manifestaciones contra la inmigración que elevaron las tensiones raciales entre los germanos y los musulmanes y afectaron a las relaciones diplomáticas entre Rusia y Alemania.

Después, tenemos a quienes utilizan la desinformación para respaldar sus pretensiones políticas. En 2017, los liberales estadounidenses dieron una gran difusión a un bulo acerca de que la policía había asaltado un campamento de manifestantes en Standing Rock y lo había quemado. Resultó que no había nada de cierto en aquella historia y la fotografía que la acompañaba ni siquiera tenía nada que ver con los sucesos que se narraban, pero esto sirvió para acentuar aún más los temores de la gente

de izquierdas que estaba convencida de que el reciente triunfo de Donald Trump en las elecciones presidenciales marcaba el inicio de un descenso hacia el autoritarismo violento. Y, por supuesto, lo mismo sucede en el otro lado del espectro político. Uno de los numerosos ejemplos es el modo en que los republicanos difunden los bulos de fraude electoral para minar la confianza en el proceso cada vez que pierden sus candidatos. En ocasiones, se recurre a más desinformación para encubrir las consecuencias de haberse pasado de la raya precisamente con esta. En 2022, movido por ciertas teorías conspirativas populares derechistas, un individuo entró por la fuerza en la casa de Nancy Pelosi —presidenta de la Cámara de Representantes estadounidense— y atacó con un martillo a su marido, Paul Pelosi; en cuestión de horas, los representantes y autoridades de la derecha empezaron a difundir el rumor de que el atacante era, en realidad, un prostituto gay o un figurante.

Algo menos malintencionados serían quienes pueden obtener un beneficio económico gracias a la difusión de informaciones falsas, como un gurú de la salud que gane millones de dólares vendiendo suplementos a personas convencidas de que todo lo que haya pasado por las manos de las farmacéuticas está diseñado para matarlas.

No obstante, el tipo más común es el individuo ingenuo que carece de intereses o pretensiones más allá de la propia información. Este no quiere fomentar el odio y la confusión, no quiere el poder político ni dinero; lo único que quiere es entender el mundo que lo rodea. En este sentido, todos nosotros somos como este individuo. Sin embargo, por algún motivo, su intento por comprender hace a estas personas caer por el embudo de las convicciones infundadas y, en ese proceso, modifican de manera fundamental su visión del mundo. Una vez sucedido esto, se sienten obligadas a compartir sus descubrimientos y su manera de entender la realidad. A primera vista, no está claro qué es lo que las mueve o qué beneficio obtienen de su implicación con las desinformaciones.

Es sencillo ver a estas personas como *ellas*, pero lo cierto es que, fundamentalmente, son como todos nosotros. Todos con-

sumimos información e intentamos utilizarla para entender el mundo que nos rodea. A veces, nos encontramos con algún cruce extraño en el camino, nos desviamos y nos perdemos. Si queremos evitar este destino tanto para nosotros como para nuestros seres queridos, es importante que reconozcamos que existe esta posibilidad y nos esforcemos por comprender con empatía el camino que conduce a ese desvío, la psicología que lo sustenta y las consecuencias del viaje.